

Índice |

Prólogo, Paloma García Picazo	13
Capítulo I. Historia y memoria: la reflexividad crítica en las relaciones internacionales, Paloma García Picazo	19
1. ¿Para qué sirve la historia?	21
2. Algunas notas sobre la postmodernidad	24
3. ¿Se aprende de la historia?	27
4. La función de la historia en las relaciones internacionales	28
4.1. Tradicionalistas <i>vs.</i> científicistas: el <i>annus mirabilis</i> de 1989 ..	28
4.2. Historia episódica, historia coyuntural, historia estructural	31
4.3. Teoría internacional e historia internacional: ejemplo de dos teóricos internacionales ejemplares, Martin Wight y Adam Watson.....	37
4.4. De métodos y perspectivas: definición del horizonte histórico de la teoría internacional en Marcel Merle y Ekkhart Krippendorff	39
4.5. La historia del derecho internacional y el derecho internacional en perspectiva histórica: dos aportaciones españolas	42
5. Memoria de la historia	45
Capítulo II. Imperialismo y colonización (1885-1914), Isabel Olmos Sánchez	51
1. Tendencias y fuerzas dominantes de la época	53

2.	Las ideologías políticas decimonónicas.....	60
2.1.	Ideología política de la Restauración	60
2.2.	El liberalismo.....	63
2.3.	El nacionalismo	70
3.	La sociedad del siglo XIX. Estructura y problemas sociales	74
3.1.	Proletariado y movimiento obrero	76
3.2.	Las burguesías	81
3.3.	La aristocracia europea.....	84
3.4.	El campesinado	85
3.5.	Las estructuras sociales en otras áreas geográficas	86
4.	El gran imperialismo o el delirio del imperialismo europeo	87
5.	Europa y la política militar nacionalista: los sistemas bismarckianos ..	95

Capítulo III. La Primera Guerra Mundial. Los Tratados de Paz, *Isabel Olmos Sánchez*..... 99

1.	La Primera Guerra Mundial.....	101
1.1.	Caracterización y etiología	101
1.2.	La situación política prebélica	104
1.3.	Estallido de la guerra	108
1.4.	Fases de la guerra	109
2.	Los Tratados de paz	116
3.	Significado de los Acuerdos de París.....	125
4.	La Revolución soviética	126
4.1.	Contexto socio-político de la Rusia zarista.....	127
4.2.	El ensayo de 1905	130

Capítulo IV. Reconfiguración del orden mundial a comienzos del siglo XX, *Carlos Echeverría Jesús* 139

1.	Introducción	141
2.	El continente europeo: la progresiva pérdida de protagonismo	141
2.1.	Las relaciones entre Estados	142
2.2.	El apogeo europeo en el mundo (1870-1880)	143
2.3.	La creación de bloques.....	145
2.4.	El declive de Europa tras la Primera Guerra Mundial	147

3. Los Estados Unidos de América: la superación de la Doctrina Monroe	149
3.1. Las condiciones políticas y económicas	149
3.2. El diseño intelectual de una gran política exterior	149
3.3. La consagración de la emergencia de los Estados Unidos como gran actor internacional	150
4. El despertar de Asia: China y Japón como nuevos actores	151
4.1. China, presa de los imperios coloniales	151
4.2. Japón, fortalecimiento y apertura al mundo	151
4.3. Otros actores regionales	152
5. El mundo árabe: el nacionalismo árabe, los mandatos y la creación del Hogar Nacional Judío en Palestina	153
5.1. El nacionalismo árabe en el norte de África: Argelia, Túnez, Libia y Marruecos	153
5.2. El caso específico de Egipto	155
5.3. La aparición del movimiento sionista	155
5.4. Oriente Próximo y el declive del Imperio Otomano	156
6. El continente africano: de la Conferencia de Berlín (1884-1885) al despertar de los nacionalismos africanos.....	157
6.1. La Conferencia de Berlín o el reparto de África: antecedentes y resultados	157
6.2. Las grandes políticas coloniales en el continente africano: Alemania, Francia y Gran Bretaña	159
6.3. El caso específico de África del Sur	160
6.4. África subsahariana y la Gran Guerra	161

APÉNDICE DOCUMENTAL, *Isabel Olmos Sánchez*

1. Ideologías políticas.....	163
2. El gran imperialismo	168
3. Interpretaciones del imperialismo	174
4. La paz armada	175
5. La Revolución soviética	178
6. La Primera Guerra Mundial.....	180
7. La organización de la paz	182
8. Los «catorce puntos» de Wilson	183
9. Tratado de Versalles	184
10. Las reparaciones de guerra	184
11. El declive de Europa	185

BIBLIOGRAFÍA DE HISTORIA DEL MUNDO CONTEMPORÁNEO,

Isabel Olmos Sánchez

Bibliografía específica	188
Antologías documentales	191
Atlas Históricos.....	191
Obras testimoniales de valor histórico.....	192
Obras complementarias literarias y cinematográficas	192

12

BIBLIOGRAFÍA

RELACIONES INTERNACIONALES EN ESPAÑOL (una selección), <i>Paloma García Picazo y Carlos Echeverría Jesús</i>	197
--	-----

Pues los hombres no se mueven, como animales, por puro instinto, ni tampoco, como racionales ciudadanos del mundo, con arreglo a un plan acordado, parece que no es posible construir una historia humana con arreglo a un plan [...] No es posible evitar cierta desgana cuando se contempla su ajeteo sobre la gran escena del mundo; y a pesar de la esporádica aparición que la prudencia hace a veces, a la postre se nos figura que el tapiz humano se entreteje con hilos de locura, de vanidad infantil y, a menudo, de maldad y afán destructivo también infantiles; y, a fin de cuentas, no sabe qué concepto formarse de nuestra especie, que tan alta idea tiene de sí misma.

Emmanuel Kant, «Idea de una historia universal en sentido cosmopolita», Filosofía de la historia (1784).

Quitada la justicia, ¿qué otra cosa son los reinos sino inmensos latrocinios? Los latrocinios, ¿qué son sino unos reinos pequeños?

Agustín de Hipona, La Ciudad de Dios (413-426), Libro III, 4, 4.

El historiador habla exclusivamente con palabras, con las palabras de su país. Si se encuentra con realidades que sólo se expresan en una lengua extranjera tiene, por fuerza, que traducir.

Marc Bloch, Introducción a la historia (1942-1944, fecha ésta en la que fue fusilado por los nazis).

1. ¿Para qué sirve la historia?

En el «Prólogo» de sus *Investigaciones*, Heródoto de Halicarnaso (s. V a. C.) presenta como «único fin» de su tarea «que las obras de los hombres y sus hechos más memorables no queden sepultados en el olvido», siendo su propósito, además, «descubrir por qué razones griegos y bárbaros se hicieron la guerra»¹. Enuncia así las dos funciones básicas de la historia —que, aun sumida en ingentes y apasio-

¹ Heródoto de Halicarnaso, *Investigaciones*, selección de textos originales en J. Lacarrière, *Heródoto y el descubrimiento de la Tierra*, Madrid, Espasa-Calpe, 1973, p. 30.

nados debates entre historiadores— siguen vigentes hasta hoy. Son tareas propias de la historia: 1) estudiar el registro cronológico de los acontecimientos concernientes a una nación o a un pueblo mediante el examen crítico de fuentes materiales, y, 2) ofrecer, en su caso —si bien es obra que se emprende generalmente— una explicación de sus causas. Desde esta perspectiva elemental, la historia es, por tanto, recolección y acúmulo de datos y registros, por un lado, y narración que implica determinar causas y efectos, por otro. El significado del término griego *historía* es, por lo demás, claro. Éstas son sus acepciones: investigación (y su resultado), información, informe, noticia (incluida la «histórica»), conocimiento, saber, ciencia, relato (incluido el «histórico»), narración, obra «histórica»; «historia», en suma. Y es que, como dice Marc Bloch, «la palabra historia es muy vieja, tan vieja que a veces ha llegado a cansar»². Desde esta raíz, el gran árbol que conocemos como «Historia» se ha desarrollado a través de los siglos con muy variadas vicisitudes, cuyo examen no corresponde a este lugar.

Al comienzo de su obra, Marc Bloch sitúa una anécdota que creo necesario reproducir porque alude al propósito fundamental de este texto, que asocia, por una parte, a *historia* y *memoria*, y, por otra, prescribe una *reflexividad crítica* aplicada a las *relaciones internacionales*³. «Papá, explícame para qué sirve la historia», pedía hace algunos años a su padre, que era historiador, un muchachito allegado mío», cuenta Bloch, que luego deriva de esta pregunta de aspecto simple —las buenas preguntas siempre lo son— la cuestión esencial de lo que él concibe como el buen desempeño del «oficio de historiador» (*métier d'historien*). Dice así: «El problema que plantea, con la embarazosa desenvoltura de esta edad implacable, es nada menos que el de la legitimidad de la historia»⁴.

Considero que ésta es también —siquiera de forma indirecta— una de las cuestiones capitales que atañen a quienes hemos hecho de las relaciones internacionales nuestro peculiar oficio. Preguntarse por la legitimidad de algo implica considerar de forma crítica y reflexiva ese mismo *algo*, que puede ser una cosa de tanta envergadura como las relaciones internacionales del presente. Y ello es aún más crítico —y precisa, en consecuencia, de una reflexividad mayor— al tener en cuenta que escribo estas líneas en estricta coincidencia con el cerco y acoso a que Ariel Sharon somete a Yaser Arafat (marzo de 2002), de un modo y en unas circunstancias que vulneran los propios principios que esa denominada «comunidad internacional» —y que yo cuestiono⁵, ateniéndome a consecuencias no siempre fáciles de soportar— dice defender desde 1945.

² M. Bloch, *Introducción a la historia*, México, FCE, 1952, p. 21.

³ Propósito inequívocamente enunciado en mis dos obras *Las relaciones internacionales en el siglo XX: la contienda teórica. Hacia una visión reflexiva y crítica*, Madrid, UNED, 1998 (2ª reimpr. 2000) y *¿Qué es esa cosa llamada relaciones internacionales? Tres lecciones de autodeterminación y algunas consideraciones indeterministas*, Madrid-Barcelona, Marcial Pons, 2000.

⁴ Bloch, *ibid.*, p. 9.

⁵ Véanse mis *¿Qué es esa cosa llamada relaciones internacionales?... op. cit.*, pp. 87 ss. y *Las relaciones internacionales en el siglo XX... op. cit.*, pp. 295 ss.

No hace falta ser demasiado imaginativo para situarse momentáneamente en la posición que adoptaron los que se consideran «padres fundadores» de la historia, Heródoto o Tucídides (s.V a.Cr.), al iniciar su fecunda empresa de la *hístoria*. Si bien ambos difieren en cuanto a talante e ideología —Tucídides es un decidido realista político, defensor de una política que prima el concepto de poder, en tanto que Heródoto es más racionalista— ninguno incumple las dos funciones antes reseñadas: recopilar datos significativos, ordenándolos, y relatarlos después de un modo que determina sus causas y efectos. Su propósito es evidente y consiste en la intención de que estos hechos relevantes no se pierdan y sean transmitidos a la posteridad. Es de suponer que a ambos les guía un espíritu de verdad, que es lo que, académicamente, se entiende por objetividad científica. Pero, ¿acaso ésto es así? ¿En qué medida puede predicarse tal condición de la mayoría de los textos y documentos históricos que cada época y cada cultura han legado como testimonio de sí mismas?

Al plantear esta cuestión sé que repito, de un modo que a muchos les resultará tedioso, temas recurrentes en el debate de los historiadores. Yo no lo soy, pero ello no me exime de hacer mío, modesta y temporalmente, este aspecto del debate. La clave, a mi entender, estriba en que quien se atribuye predicados de verdad consigue —o, al menos, lo pretende— una legitimidad superior a fin de avalar determinados propósitos, que, en las relaciones internacionales, ostentan rasgos políticos. Conciernen, pues, al poder que determinadas naciones, Estados, individuos, organizaciones o grupos ejercen en el mundo. Todo se resume en la frase, de resonancias demagógicas —aunque ciertas si se afina el análisis—, de que «la historia la escriben los vencedores». En el mejor y más imaginario de los casos, cabría pensar que esos «vencedores» fuesen un hipotético *nosotros*, consistente en el sector bienpensante y bienhechor de la también hipotética sociedad civil internacional, es decir, aquellas personas que, por ejemplo, conocen, aplican y desarrollan los postulados supuestamente universales de la Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948). Pero, ¿cómo no sonreír al pensar en tan absurda y utópica hipótesis? Lo cierto es que, aparte de la obra de los historiadores verdaderamente conscientes de su honrado oficio, la generalidad de los textos históricos responden a las ideas y a la lógica de unos «vencedores» ligados a un poder genérico, distante de defender los principios de los derechos humanos y cosas por el estilo.

Frente a la aparentemente caótica y confusa realidad que ofrece la masa de acontecimientos del pasado —siendo una de las definiciones tópicas y más criticables de la historia el ser «la ciencia del pasado»— el historiador discrimina en su estudio aquello que considera relevante y ensaya sobre ello las herramientas de su oficio. El historiador, pues, realiza una *elección*, como indica Marc Bloch, señalando el punto particular de aplicación de sus útiles⁶. Por fortuna, vivimos en lugares y tiempos en los

⁶ Bloch, *op. cit.*, pp. 22-23.

que el honrado oficio de historiador no sólo es posible, sino que es valorado y considerado necesario. Vela por su rectitud todo un conjunto de instituciones, normas, principios, reglas e incluso teorías, que avalan las condiciones de objetividad y validez de los estudios históricos, en suma, su legitimidad. Pero históricamente esto no ha sido —ni es, en otras partes del mundo— lo habitual. La manipulación y el falseamiento de la historia son práctica común de los sistemas totalitarios y, lo que es más preocupante, infectan también, de modo subliminal, a la vulgarización de la literatura histórica difundida de forma masiva en determinados medios de comunicación. La historia así degradada sirve de base a ciertas ideologías, a la propaganda política, a la movilización y la arenga, al discurso del poder. Por eso es tan importante la pregunta del joven conocido de Marc Bloch: «¿para qué sirve la historia?». Este «para qué sirve» apunta al mucho más peligroso «a quién sirve» y, en último término, a las condiciones que establecen esa servidumbre. Una lúcida y problemática respuesta la dio Karl R. Popper en su obra *La miseria del historicismo* (1944-1945)⁷.

2. Algunas notas sobre la postmodernidad

El discurso anterior —y espero expresarme con suficiente nitidez al respecto— no invalida ni relativiza en absoluto los contenidos generales de la historia como disciplina o materia académica —o como operación intelectual, sin más— sino todo lo contrario. Más bien los revalida y legitima desde supuestos mucho más fuertes, en tanto que sean susceptibles de demostrar su capacidad de superar la imprescindible *falsación* preconizada por Popper. Desde los criterios de la postmodernidad se ha constituido como práctica habitual un saludable análisis crítico de los postulados generales de la racionalidad y el conocimiento, tal como se establecieron convencionalmente por la modernidad⁸, señalando y denunciando los elementos sub- o inconscientes (*logocéntricos*) que impregnan los discursos de la denominada «ciencia oficial», desvirtuada en «cientificismo».

La postmodernidad acuña el término de *metalenguaje* para subrayar los convencionalismos que arropan de supuesta verosimilitud proposiciones enunciadas como «científicas» sólo sobre la base, más bien endeble, del empleo de una terminología y de una metodología determinadas⁹, sin que, por otro lado, se cum-

⁷ K. R. Popper, *La miseria del historicismo*, Madrid, Alianza, 1987. Nacida entre 1919-1920, las líneas generales de esta obra se trazaron en 1935 y fue leída por primera vez en 1936. Estuvo presente Karl Hilferding, víctima de la Gestapo y de «las supersticiones historicistas del Tercer Reich». Se publicó diez años después.

⁸ Véase el concepto en R. Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993. Sobre el debate científico sobre el positivismo y sus límites, A. F. Chalmers, *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?*, Madrid, Siglo XXI, 1987.

⁹ M. Foucault, *La arqueología del saber*, México, FCE, 1991 y J.-F. Lyotard, *La condición postmoderna*, Madrid, Cátedra, 1989.